

## LOS INDEPENDENTISTAS

- Aunque no haya que sobrevalorarlas, tampoco debemos subestimar la influencia psicológica de las palabras en la mente humana. Al menos, en muchas personas. La aureola que cubre los sentidos de una voz viene a ser como minúsculas gotas que lentamente penetran en la inteligencia, moldean las ideas y forman las estalactitas. Cuando hablamos de “independencia”, adoptando el mismo lenguaje de los soberanistas catalanes, usamos un término positivo. La “independencia”, como la “autodeterminación”, es “no depender de nadie”, luego ser libres, dueños de nosotros mismos, “soberanos”. ¿Quién no desea esto para su tierra? O sea, no ser gobernados desde fuera: “en mi casa mando yo”. Y, por tanto, el responsable de todos los males que existen es culpa del “otro”, de Madrid. Ahora bien, si hablamos de “separatistas” o, más crudamente, “rupturistas”, frente a “unionistas”, la idea se transforma en negativa. Una ruptura, como cualquier divorcio, supone un dolor, un desgarró, la desvinculación de unos lazos solidarios que se han ido construyendo, con luces y sombras, a través de los siglos. A nadie le gusta ser “dependiente”, “subordinado”, pero tampoco a nadie le gusta ser llamado “rupturista”, “separatista” e “insolidario”. Sobre todo a aquellos políticos que usan el lenguaje para desviarlo de la cabeza hacia las vísceras.

Pablo Galindo Arlés

19 de abril de 2024